

EDITORIAL

## Premio Nacional De Paz

El pasado viernes 11 de julio, la fría y tranquila noche que cubría la gran plaza empedrada de Villa de Leyva se vio interrumpida por un curioso grupo que cantaba y reía al son de tambores, flautas y una gaita.

Entre otros, estaban el profesor Gustavo Moncayo y su hija, Tatiana, caminantes que han mantenido viva la exigencia de liberación de su hijo, en manos de las Farc desde hace diez años; Henry Beltrán, de la Asociación de Municipios del Alto Ariari, una organización que reconcilió a poblaciones como Lejanías, El Dorado o El Castillo (Meta), divididas por las estigmatizaciones del conflicto armado; Soraya Bayuelo, del Colectivo de Comunicaciones de Montes de María, que en la época más dura de la violencia en la región presentaba películas en los parques de los pueblos atemorizados; Rodrigo Velaides, de la Asociación de Cacaoteros de Remolinos del Caguán (Caquetá), que sacó adelante, junto con el padre Jacinto Franzoi, un proyecto agroindustrial en uno de los centros cocaleros del país; la hermana Reina Amparo, que lidera desde hace años un club de lectura para los niños del municipio de San Vicente del Caguán (Caquetá); Luz Marina Palacio, de la Asociación de las Madres de La Candelaria, de Medellín, un grupo de mujeres que ha mantenido viva, con manifestaciones públicas, la memoria de sus hijos y familiares desaparecidos por la violencia; Luis Alfredo Acosta, de la Guardia Indígena del Cauca, un ejemplo de enfrentamiento pacífico y organizado al conflicto armado y sus secuelas, y Richard Moreno, representante de la Diócesis de Quibdó, que por años ha acompañado a las comunidades del Chocó en medio de una de las violencias más brutales de Colombia.

Estos diversos personajes, que cantaban a coro en la plaza, estaban unidos por un poderoso elemento común: todos habían sido ganadores del Premio Nacional de Paz, entre 1999 y el 2007, y habían sido convocados por Fescol a una reunión de dos días en Villa de Leyva para discutir cómo estaban sus proyectos y organizaciones y compartir experiencias.

En ese momento, ninguno lo sabía, pero la próxima vez que se reúnan habrá dos nuevas caras: la del periodista Herbin Hoyos, 'alma, vida y sombrero' del programa radial Voces del secuestro, el delgado hilo de comunicación que representa para los secuestrados colombianos en la selva, desde 1994, su nexa más importante con el mundo exterior y con sus familiares; y el cabo primero William Pérez, quien, además de pasar 10 años secuestrado, se convirtió, hasta su reciente liberación, en enfermero y consuelo de sus compañeros de cautiverio.

Ellos dos recibieron esta semana un nuevo Premio Nacional de Paz, que cumple este 2008 diez años de otorgarse a quienes, como ambos y los asistentes a Villa de Leyva, han dado ejemplo a una nación inmersa en la violencia de fórmulas ingeniosas, indescribiblemente arriesgadas y eficaces, para hacer frente al conflicto armado y sus secuelas y sembrar esperanza donde ha habido desesperación.

En estos diez años, casi 1.400 personas y organizaciones se han postulado para concursar por el Premio, que se ha convertido en un símbolo nacional de la resistencia a la guerra. Una década después, prácticamente todos los proyectos premiados, como lo evidenció la reunión

de julio, siguen adelante, fortalecidos y más convencidos que nunca, como dijo uno de sus miembros, de que hay que continuar abriendo caminos de paz y soluciones, así sean parciales y localizadas, a los desafíos del conflicto armado "hasta que se apague el sol".

Diez años y 1.400 personas e iniciativas postuladas lo han convertido en símbolo de resistencia a la guerra